

Después varió un poco hacia el Norte el centro político, á consecuencia de las incursiones filisteas, y las tribus se reunieron en otro campo de feria y de oración, menos expuesto al peligro. Entonces fué cuando Siloh, la moderna Seilum, llegó á ser una especie de capital religiosa, desde luego mucho mejor situada que todo otro lugar de la Palestina como foco natural del conjunto de los Beni-Israel.

Durante un período indefinido de lo menos tres siglos, la confederación de las tribus israelitas vivió así, sin capital oficial, pero conservando la conciencia de su parentesco, aunque se produjera poco á poco cierto antagonismo entre el grupo de Judá y el de Israel ó de los Josefitas: hasta en el destierro quedó imperfecta la sutura entre los Beni-Yakob y los Beni-Yusef, división latente que hubo de tomar un carácter más agudo precisamente en la época en que la potencia militar de la confederación cambió de lugar en pro de una sola de las doce tribus y le aseguró la dominación violenta. El lugar de las reuniones perdió entonces el carácter de neutralidad que le había dado su situación intermedia entre los dos grupos de tribus y fué transferido hacia el Sud, en pleno territorio de Judá, en un terreno que había conservado sin duda cierta fama de santidad, como lo indica su denominación Uru-Salim, «ciudad del Dios y de la Paz». Esta ciudad existía ya mucho antes de la llegada de los Beni-Israel á la «Tierra Prometida», probablemente desde los tiempos de una antigua dominación de los Babilonios, que la habían consagrado á uno de sus dioses nacionales ¹.

Cuando David, el afortunado capitán de partidas que llegó á ser rey, instaló su residencia en Jerusalén, se había inspirado evidentemente en consideraciones estratégicas. Como soldado había de habitar en una ciudadela y no en una de esas ciudades abiertas cerca de las cuales venían á acampar los mercaderes, y Jerusalén respondía á esta necesidad por ocupar una posición muy fuerte; situada exactamente sobre la arista que divide la vertiente entre el Mediterráneo y la mar Muerta, domina toda la comarca, elevándose como una torre de vigía sobre el gran cuadrilátero comprendido entre Egipto y el valle de Esdraelón; al Oeste, al Sud y al Este el suelo se corta brus-

¹ Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 73.

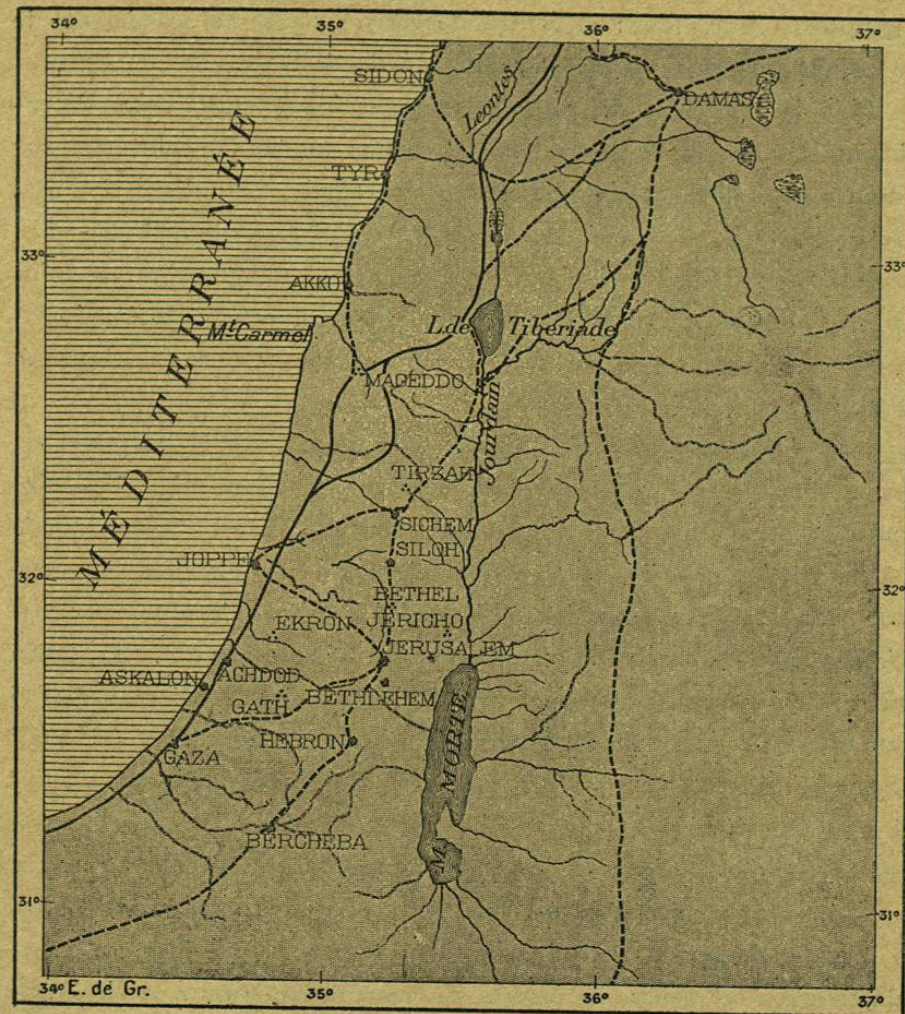


JARDÍN DE ROIO, VALLE DE GÉHENNE

Cl. Bonfilis.

camente en torrentes profundos, cuyas paredes, actualmente gastadas por el tiempo, eran antes de difícil escalo; únicamente al Noroeste,

N.º 118. Caminos y ciudades de la Palestina.



1 : 2500 000
0 50 100 150 Kil.

La Pentápolis filistea comprendía Askalon, Achdod, Ekron, Gath y Gaza.

un istmo de rocas, cerrado por obras de defensa, unía el acantilado al resto de la meseta. No podía escogerse mejor posición para agrupar las fuerzas contra los Filisteos que ocupaban ciudades fortifica-

das del litoral y habían derrotado frecuentemente á los Judíos en los países accidentados de la región intermedia: era natural que la capital se elevase en la proximidad de los pueblos que había que combatir; así pasan las cosas en todo cuerpo organizado, animal, planta ó grupo de individuos: el centro de resistencia se coloca delante de las fuerzas que se trata de neutralizar ó de destruir.

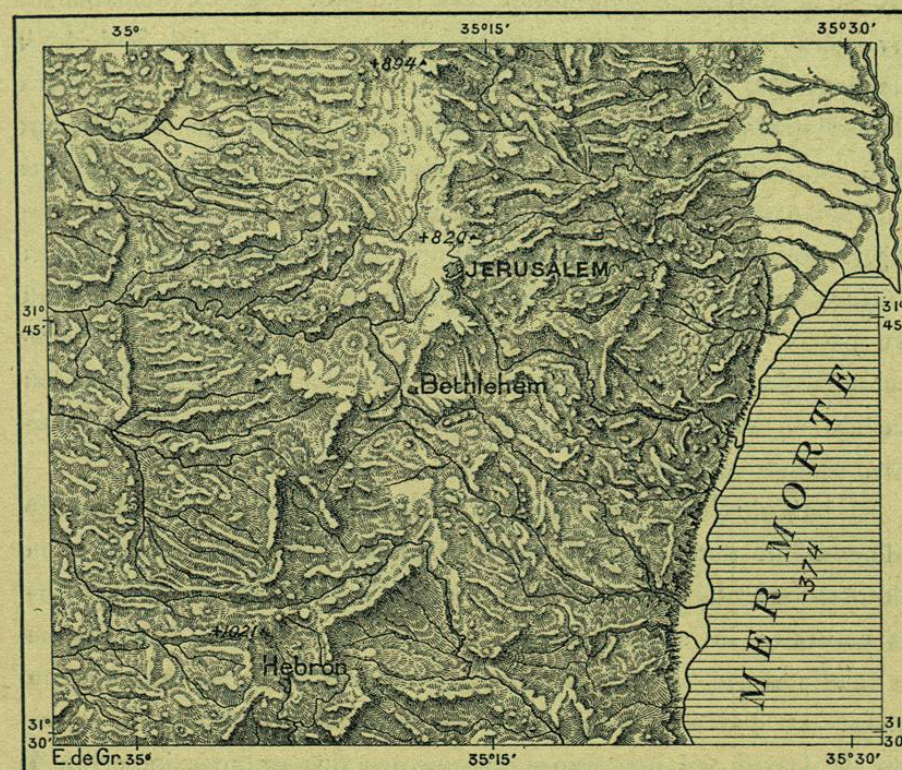
Bajo la influencia de razones análogas á las que habían determinado la elección de Jerusalén, las tribus de Israel colocaron sus comunes capitales sucesivas, Sichem (Mabartha), Neapolis ó Naplusa, Tirzah, Samaria (Sebaste), hacia la extremidad meridional del país, frente á Jerusalén, su rival y frecuentemente su enemiga. En los dos fragmentos del reino roto después de la muerte de Salomón las capitales se dan frente, siendo excéntricas una y otra á su propio territorio.

Lo mismo que su ciudad fuerte, Jerusalén, todo el país de Judá estaba bien protegido estratégicamente contra el enemigo. Macizo montuoso de difícil acceso, defendido por pendientes rocosas, donde el abastecimiento de los asaltantes hubiera ofrecido dificultades, constituía una fortaleza natural que los ejércitos conquistadores que se dirigían hacia Damasco ó Egipto evitaban cuidadosamente. La Judea estaba además completamente garantida en su parte oriental por el profundo foso en cuyo fondo corre, en sentido contrario del nivel del Mediterráneo, el río Jordán y en el cual reposan las aguas saladas del mar Muerto. Las grandes diferencias de nivel, las altas breñas, y quizá también en parte las leyendas de terror que circulaban acerca de esta comarca, permitieron á la pequeña Judea conservarse entre los grandes imperios mucho más tiempo que sus vecinas, y especialmente que el reino de Israel, y, hasta cierto punto, vivir ignorada al abrigo de las montañas. La llanura de Sichem y las campiñas de Samaria estaban mucho menos protegidas; los relieves de las montañas son menores; los valles más abiertos; las pendientes más accesibles; al Este el Jordán está menos encajonado; al Oeste el camino de las caravanas y de los ejércitos atraía cada año, por decirlo así, el peligro de una invasión lenta ó brutal. La línea de las comunicaciones entre los Filisteos y el oasis de Damasco, entre Egipto y Caldea, entre África y Asia había de atravesar á toda costa el

territorio de los Josefitas, y los Israelitas carecían de la energía necesaria para renovar el esfuerzo de los Hititas permaneciendo dueños de las barreras.

El principal punto de paso natural para los emigrantes y los conquistadores fué en todo tiempo la depresión de tierras bajas que

N.º 119. Jerusalén y el mar Muerto.



1: 500 000

0 10 20 30 Kil.

se extiende al Norte de las montañas de Carmelo, entre la bahía de Akka y el lago de Tiberiades: esta llanura denominada de Megiddo (Mageddo) ó de Esdraelon y por la cual corren las aguas de Kison — el Nahr el Mukotta de nuestros días, — separa claramente las montañas de la Palestina meridional y las de la Galilea, formando así,

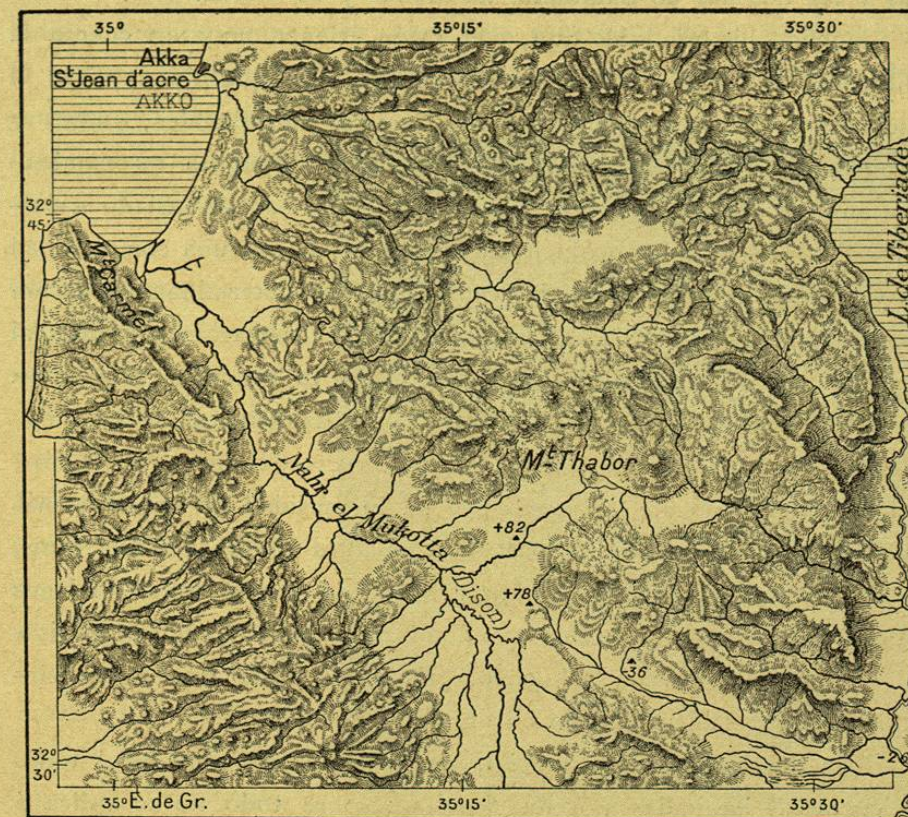
al Norte y al Sur, una zona de división etnológica y política que guarda su valor durante el curso de las edades: los reinos y las confederaciones, que modificaron incesantemente sus contornos siguiendo las guerras y las alianzas, respetaron ordinariamente este límite, y sabido es que los Judíos del Mediodía, que tenían sangre de nómadas y de bandidos en sus venas, hacían escaso aprecio de los sencillos agricultores de Galilea, país del cual «no podía venir nada bueno». Pero si la llanura de Esdraelon establece una línea de demarcación muy clara entre los países montuosos del Norte y del Sud de la Palestina, une también ampliamente el valle del Jordán y el litoral del Mediterráneo, y por ello los ejércitos chocaron en todo tiempo sobre ese camino de cruce, unos venidos de ultra-Jordán y los otros que habían seguido la vía de la costa. Los comentadores del *Apolipsis* colocan en esta misma llanura de Megiddo, Armagheddon, el futuro campo de batalla donde los Judíos convertidos, volviendo á su patria, exterminarían los ejércitos de los Gentiles. Esta predicción no es en realidad sino un recuerdo de las luchas que se han sucedido en esta llanura sangrienta, á los pies de los montes Carmelo, Thabor y Gilboah.

El país de Judá, tan felizmente colocado para las facilidades de la defensa, no podía llegar á ser temible para los vecinos como reino conquistador: era de hartas escasas dimensiones; con sus dependencias naturales, no cubre más que una superficie de 4 á 5000 kilómetros cuadrados, ni siquiera las dimensiones medias de un departamento francés. La Judea no tomó cierta importancia agresiva hasta el reinado de David, en una época en que los dos grandes imperios de Asiria y de Egipto se hallaban uno y otro muy debilitados¹, y aun en el momento de su gloria militar, no pasó al Norte, las inmediaciones de la Coelo-Siria; al Sud, Ezeongeber, cabeza del golfo de Akabah; al Este, su dominación se extendía sobre Moab y Ammon, de donde los dos tercios de los habitantes fueron pasados á cuchillo: á pesar de todo, el reino alcanzaba apenas 300 kilómetros en su mayor dimensión. Salomón debió su gloria y su riqueza al sólo hecho de que, hábil en el arte de explotar los monopolios,

¹ A. H. Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 33.

supo hacerse aceptar como asociado de Hiram, rey de los traficantes fenicios¹.

N.º 120. Llanura de Esdraelon.



1 : 500 000

0 10 20 30 Kil.

Este mapa podría dar informes más completos. El monte Gilboah ó Gelboe domina el macizo sud-oriental del mapa, su altura llega de 700 á 800 metros, el Carmelo 551 y el Thabor 595 metros. El nombre antiguo del Nahr-el-Mukotta — Río de la Matanza, — es Kison y no Dison. La posición exacta de Megiddo no es suficientemente conocida para que se le pueda indicar sobre una carta de grande escala.

Así como las ciudades del litoral fenicio debieron á su posición intermedia entre los dos Estados preponderantes su importancia como vehículos de riquezas, de industrias y de ideas, así también las ciu-

¹ Elie Reclus, *Nota manuscrita*.

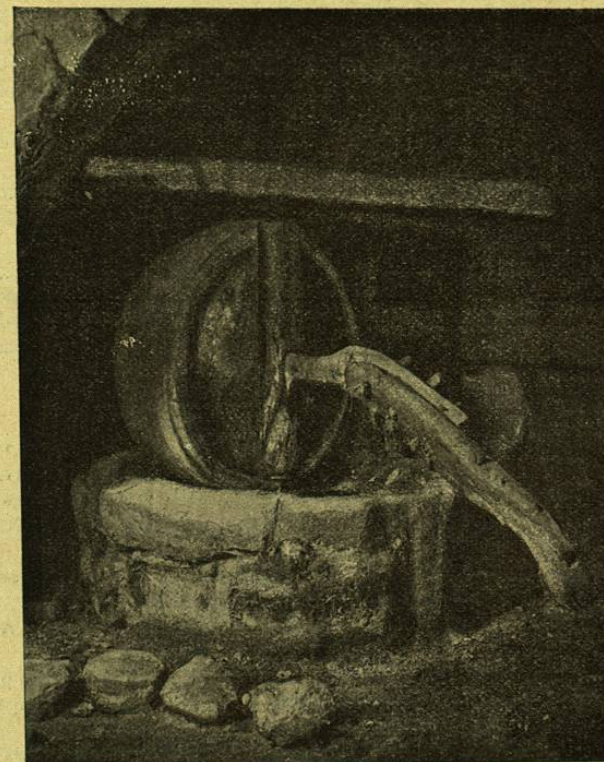
dades del interior, donde se elaboraban más lentamente los cultos religiosos, llegaron á ser en el mundo los agentes principales para la transmisión de creencias en las cuales se entremezclaban las leyendas y los dogmas de Babilonia, de Menfis y de Tebas.

Muchos historiadores que, con razón, tienen muy en cuenta la influencia del medio sobre los individuos, han querido explicar el nacimiento del monoteísmo en los Semitas meridionales, Judíos y Árabes, por la sola influencia del clima local; pero sus razonamientos, aunque conteniendo gran parte de verdad, son demasiado «simplistas». Las grandes evoluciones históricas ofrecen una complejidad muy rica en el conjunto de las causas que les determinan; la acción del tiempo se junta á la del espacio. En las comarcas próximas al desierto, en los sitios augustos y terribles, la sencillez majestuosa de la Naturaleza debía, dicen, influir poderosamente en la imaginación del hombre y darle una concepción correspondiente de la divinidad. El círculo de horizonte en su inmensidad no encierra más que extensiones por todas partes semejantes las unas á las otras, rocas y arenas grisáceas, algunos árboles de escaso follaje, lejanos espejismos; y sobre la extensa redondez del suelo de líneas precisas se redondea la bóveda del cielo, gris en la parte baja de la circunferencia, de un azul duro en el zénit.

Esta descripción dista mucho, no obstante, de convenir á todas las comarcas habitadas por los Semitas; sobre todo no se aplica á la Palestina, tierra sobre la cual vivieron los Judíos durante quince siglos y donde su religión tomó su carácter definitivo. Los Beduinos errantes que recorren las soledades del interior al este del Jordán, son precisamente los menos religiosos de los Semitas: han recibido creencias hechas, extrañas á toda especie de fanatismo ó de propaganda. Puede decirse solamente de una manera general que, en el conjunto de las comarcas semíticas, la espléndida uniformidad de los espacios tranquilos, iluminados por un sol violento, ha debido contribuir en gran parte á dar un aspecto noble y grave á las concepciones de los habitantes; han aprendido á ver las cosas simplemente, sin buscar en ellas grandes complicaciones, y su mitología primitiva no debía semejar al caos de las fuerzas divinas que se desprenden de la naturaleza infinitamente variada de la India, con

sus altas montañas, sus grandes ríos, sus bosques inmensos, sus climas exasperados por la abundancia de las lluvias y el furor de las tempestades. Sin duda el mundo sobrenatural, imagen mental de la naturaleza que les rodeaba, se mostraba al espíritu indo en una bella y sencilla ordenación; pero esta naturaleza no se revelaba bajo el imperio de una fuerza única: hasta en su augusta grandeza presentaba una variedad infinita y debía reproducirse religiosamente bajo las diversas formas anteriores á la evolución monoteísta.

En la época en que vemos aparecer por primera vez los Judíos en la historia, no se habían sustraído aún á la religión fetichista, dado caso que exista en el mundo una raza, un pueblo, un individuo que se halle completamente desprendido de ella. La Biblia nos habla de los amuletos ó *teraphim* de madera, de tierra cocida ó



Cl. Bonfils. MOLINO ANTIGUO EN BEIT-DJIBRIN

De una fotografía.

de metal que llevaban las mujeres y las hijas de los patriarcas, y que se parecían absolutamente á los fetiches con que conversa el negro del Congo. Ciertas piedras eran también consideradas por los Hebreos primitivos como seres misteriosos que ocultaban un temible poder bajo sus formas rudimentarias, vagamente semejantes á la del hombre. Antes de la construcción del Templo, los Judíos celebraron sus ritos alrededor de piedras sagradas, sea apiladas en montones, sea plantadas en la cima de una pirámide, sea elevadas en medio de un campo